

## Ensayos

.....



JESÚS LAÍN Z

# Escritos reaccionarios

Para separatistas y progresistas

EE

ENCUENTRO

© 2008  
Jesús Laínz  
y  
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid

Diseño de la cubierta: o3, s.l. - [www.o3com.com](http://www.o3com.com)

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro  
Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid  
Tel. 902 999 689  
[www.ediciones-encuentro.es](http://www.ediciones-encuentro.es)

# ÍNDICE

Nota aclaratoria.....	7
La indefensión de España .....	11
España, ¿nación imperfecta? .....	26
De la evolución españolista de Sabino Arana al Estado de las Autonomías .....	44
Historia y libertad de expresión .....	89
Lengua y moda .....	123
La fortaleza del totalitarismo .....	137
Los montañeses y el nacionalismo vasco: fueros, rivalidad, ideología y anexionismo .....	168
Los orígenes ideológicos del terrorismo nacionalista vasco	222
Sobre el progreso .....	238
Contra el narcisismo del hombre del siglo XXI .....	245
¿Es generalizable el modelo occidental de sociedad? .....	256
De la Diosa Razón a la comunión por lo civil .....	264
El nombre de la cosa .....	274
Etiquetado político .....	305
¡Qué buen señor si hubiere buenos vasallos! .....	339
<i>Altius citius fortius</i> .....	355



## NOTA ACLARATORIA

Supongo que la heterogeneidad de los textos incluidos en este volumen exige una breve explicación.

Buena parte de ellos están dedicados al problema separatista, enfocados unos hacia la historia, otros hacia la lengua, otros hacia el terrorismo y otros hacia la situación política de España.

Pero si el lector decide continuar pasando estas páginas, también encontrará muchas dedicadas a otros asuntos de política internacional, historia, religión o sociedad, páginas que espero que despierten el mismo interés que mis anteriores trabajos sobre los separatismos españoles.

De no ser así, prometo no volver a hacer caso a mi editor cuando vuelva a pedirme algo para publicar.





«Muchas personas suponen que el mundo piensa como ellas y, por consiguiente, deducen que todo cuanto concuerda con ellas es universal y todo cuanto está en desacuerdo con ellas es insensato. Significa sencillamente que jamás han discutido su propio dogma y que hasta ignoran que jamás haya sido puesto en tela de juicio».

G. K. Chesterton



## LA INDEFENSIÓN DE ESPAÑA

No es ningún descubrimiento —de ello se lleva tratando al menos tres décadas— que en España sucede el extraño fenómeno, inconcebible en el resto de Europa, de que mientras son posibles descabelladas afirmaciones del tipo «España no existe», o «España no es una nación», o incluso «España es un error de la historia», lo contrario resulta ciertamente difícil. Quien ose opinar que la existencia de la nación española es evidente, tan evidente como la de cualquier otra nación europea —y en muchos casos con mayor razón y densidad histórica—, será mirado con irónica suficiencia; y, por supuesto, sobre quien dé el paso siguiente y se atreva a defenderla frente a los ataques de los separatismos caerán enojados anatemas provenientes de quienes consideran que las únicas naciones existentes, que los únicos patriotismos dignos, son los referidos a las fantasmagorías surgidas de la pedantería separatista comenzada a finales del siglo XIX y arraigada mediante el lavado de cerebro en algunas regiones españolas hoy rebautizadas con risibles neologismos.

Esta indefensión de España tiene como causa principal el evidente nacionalismo español del que hizo gala el régimen nacido el 1 de abril de 1939 tras una guerra en la que habían sido vencidos, además de las izquierdas, los nacionalistas vascos y catalanes. Tomando el rábano por las hojas, no son pocos

los españoles actuales que, al identificar España con Franco, rechazan su nación por considerarla un invento franquista.

A quienes hacen encarnar una nación en un gobernante olvidándose del antes y el después cabría preguntarles por qué, entonces, no podría identificarse imprescriptiblemente Francia con el reinado de Luis XIV o con Pompidou, a Inglaterra con Enrique VIII o con Cromwell, a Italia con Julio César, a Alemania con Bismarck o a Rusia con Iván el Terrible. Todos esos momentos, al igual que el régimen de Franco, fueron parte de la historia de esas naciones, pero a nadie se le ocurriría establecer el vínculo indisoluble entre aquellos gobiernos y la nación, como si ésta quedara condenada a ejercer eternamente la representación de aquel momento de su historia.

Pero la explicación no termina en Franco, sino que arranca de más atrás y llega más lejos.

Tras la caída del Antiguo Régimen en las agitadas últimas décadas del siglo XVIII y primeras del XIX, la división del espectro político respondió en todos los países europeos a un esquema bastante parecido. Por un lado, se encontraban quienes —situados en lo que, según el vocabulario político actual, podría ser identificado como la derecha— defendían una posición fuerte de los monarcas en el gobierno de las naciones, incluso sosteniendo la residencia de la soberanía en las personas reinantes, así como la confesionalidad de un Estado que debía estar sustentado por la doctrina de la Iglesia.

Al otro lado se encontraban los que, siguiendo la concepción liberal y democrática nacida con la Ilustración y la Revolución Francesa, propugnaban la soberanía nacional residente en el pueblo y proclamada en un texto constitucional, así como una menor vinculación con la doctrina y la institución eclesiástica. La historia del constitucionalismo español del siglo XIX es la de los vaivenes entre estas dos posturas.

Con todos los matices dados por la existencia de numerosos partidos, por el transcurso del tiempo y por las características de cada nación, en todos los países de Europa la división partidista se estructuró de modo similar. En España este enfrentamiento se escenificó violentamente en las Guerras Carlistas que ensangrentaron nuestro suelo desde 1833 hasta 1876. En otros países sucedieron fenómenos similares; en Francia, por ejemplo, las cruentas guerras realistas en las provincias occidentales en 1793 y 1799, así como los vaivenes entre revolución, bonapartismo y restauración borbónica que no concluirían hasta la instauración de la Tercera República tras la Guerra Francoprusiana y la Comuna parisina. En Italia el conflicto estalló sobre todo con ocasión de las guerras de unificación. El país europeo que se mantuvo más al margen de estos conflictos fue Gran Bretaña, heredera de una tradición política distanciada de la del Continente.

La división política decimonónica podría esquematizarse, por lo tanto, en los siguientes tres tercios: los partidarios del mantenimiento de ciertas estructuras del Antiguo Régimen; los liberales o constitucionalistas; y, por último, una creciente tendencia hacia el democratismo republicano, alejado aún de una posterior derivación hacia el socialismo tras la progresiva implantación de las doctrinas de Marx y otros ideólogos revolucionarios.

Con diversas variaciones de tiempo y lugar, este esquema partidista sobrevivió hasta la Primera Guerra Mundial y el trascendental hito de la Revolución Rusa. A partir de ese momento el esquema partidista sufrió una profunda transformación. El parlamentarismo y el capitalismo habían sufrido un grave desprestigio a causa de la guerra y las crisis económicas de los años siguientes, por lo que las opciones autoritarias, de izquierda y derecha, experimentaron un repentino crecimiento. El triunfo comunista en 1917 en Rusia y el fascista en Italia cuatro años después servirían de ejemplo para

otros países europeos. Varios sufrieron violentas revoluciones comunistas con diversos resultados, como Hungría y Alemania, mientras que los partidos de corte fascista —las *JONS* y la *Falange* en España, el *Rexismo* en Bélgica, la *Guardia de Hierro* en Rumanía— experimentaban notable auge, conquistaban el poder en naciones de la envergadura de Alemania y en otras se situaban muy cerca de alcanzarlo.

Por el contrario, las derechas reaccionarias, que tan importante papel habían representado durante el siglo anterior, desaparecieron o perdieron gran parte de su peso, con la notable excepción del carlismo español, que demostraría su extraordinario vigor en 1936, un siglo después de su nacimiento. También gozaron de cierta fuerza la *Action Française* de Maurras y Daudet así como los partidarios de la restauración imperial en la Alemania de Weimar, muchos de los cuales acabarían engullidos por el Partido Nacional-socialista mientras otros intentarían infructuosamente asesinar a Hitler.

Una vez más la política en Europa se dividía en tres tercios, aunque distintos de los imperantes en la centuria anterior. En el centro se hallaban aquellas opciones políticas partidarias del parlamentarismo democrático, desde el conservadurismo hasta la socialdemocracia. Flanqueando este cuerpo central se encontraban las izquierdas y las derechas revolucionarias, del marxismo al anarquismo en el caso de aquéllas, y las diversas variantes de la ascendente derecha revolucionaria en el de éstas.

Del alineamiento de estos tres tercios dependería el desarrollo y el resultado de las guerras que estallarían en 1936 en España y tres años más tarde en toda Europa. Porque, aunque la ingeniería ideológica izquierdista haya construido, con indudable éxito, una visión idealizada consistente en que se trató de dos guerras entre la democracia —encarnada en la izquierda— y el fascismo —encarnado en la derecha—, la reali-

dad fue muy otra y, además —y esto es lo esencial—, diferente en cada caso.

En España la Segunda República había llegado más por dejación de los monárquicos que por la victoria de los partidos republicanos —las candidaturas republicanas habían perdido las elecciones municipales de abril de 1931— y fue recibida con esperanza por muchos españoles tanto de izquierda como de derecha; no en vano algunos de sus principales impulsores fueron políticos derechistas como Alcalá Zamora o Miguel Maura e intelectuales no precisamente vinculados a los partidos izquierdistas como Marañón, Unamuno, Ortega o Madariaga. Sin embargo, el régimen republicano no tardaría en manifestar su tendencia hacia la violencia —primera oleada de quema de conventos en mayo de 1931—, la radicalización y la sectarización izquierdista, lo que produjo el pronto desencanto de muchos de sus iniciales promotores y el paulatino desprestigio entre millones de ciudadanos que no consiguieron llegar a considerarlo un régimen político civilizado. Las intentonas revolucionarias de izquierdistas y separatistas —sobre las que posteriormente republicanos de la autoridad de Sánchez Albornoz y Madariaga escribirían que habían acabado con la República y privado a la izquierda de toda autoridad moral para condenar el alzamiento de julio de 1936—, el creciente clima de aniquilación de toda opción política no izquierdista, la violencia inconcebible en un régimen democrático normal —incluido, entre muchos otros, el asesinato del jefe de la oposición—, acabó todo ello provocando que una parte muy probablemente mayoritaria del pueblo español recibiese la noticia del alzamiento militar con alivio y esperanza. La actitud de las izquierdas consiguió que, además del tercio situado a la derecha del espectro político (falangistas, carlistas, la CEDA y Renovación Española), gran parte del tercio central, el ocupado por centristas, liberales e incluso parte de quienes habían sostenido a los republicanos modera-

dos de izquierda, apoyase al bando alzado. Melquíades Álvarez, por ejemplo, el fundador del *Partido Reformista* en el que militara Azaña y posteriormente del *Partido Republicano Liberal-Demócrata*, fue asesinado en la cárcel Modelo junto con otros políticos e intelectuales de varia ideología y adscripción partidista pero encuadrables, todos ellos, en la categoría de «antirrevolucionarios». Miguel Maura, ministro de la Gobernación del primer gobierno republicano, promotor del Pacto de San Sebastián y uno de los principales responsables de la proclamación de la República, tuvo que huir a Francia con la ayuda de Indalecio Prieto para evitar ser asesinado por los anarquistas. Gregorio Marañón, quien formara parte de la *Agrupación al Servicio de la República* junto a Ortega y Pérez de Ayala y en cuyo domicilio se celebrara la histórica reunión entre Alcalá Zamora y Romanones en la que se decidió la salida de Alfonso XIII de España tras conocerse los resultados electorales, acabaría apoyando el alzamiento e incorporándose a la España franquista:

—*Si los rojos ganaran, yo no volvería jamás a España. Si los otros ganan, con sus defectos y todo, iré* —escribiría Marañón a Menéndez Pidal durante la guerra.

Marañón salió de España a finales de 1936 huyendo de la barbarie republicana. Desde su exilio francés escribió al embajador chileno Agustín Edwards sobre la situación de muchos izquierdistas atrapados en zona «amiga»:

«Yo no puedo darle a usted los nombres de las personas de izquierdas, absolutamente neutras, que han tenido que esconderse por el justificado temor de perder su vida: ya por haber sido directamente perseguidos, ya por haber visto de cerca la persecución de los suyos (...) Como la tolerancia era el ideal fundamental de muchos de nosotros, ahora nos duele con dolor de tragedia el ver que el negarla se considera como una